

Los cambios que necesitamos

Llevamos dos años juntos en esta sección de Aula Magna, desde Mayo de 2015. En aquel momento no estaba claro si por fin estábamos empezando a salir del túnel que se abrió en 2007 con la crisis financiera global...

Dos años más tarde, y después de todos estos trimestres fuera de los números rojos, el susto se nos va pasando. Las perspectivas de la industria son razonables, el empleo se va recuperando (más despacio de lo que nos gustaría), y el consumo vuelve a animarse. Las previsiones para el 2017, que parecía que podía ir un poco peor que el 2016, van dando la vuelta y parece que vamos a mantener un ritmo de crecimiento aceptable este año.

En la parte de la estabilidad, después de los resultados electorales en Holanda y Francia, Europa parece que también acabará el año entera. UK seguirá negociando su salida (las cuentas de esta separación no se hacen precisamente en una servilleta), pero el resto de países de la Unión Europea parece que van sorteando la inestabilidad sin romperse. Del resto del mundo, lo que no rompa Trump, seguirá probablemente bien también.

En cualquier caso, la pregunta relevante no es si ya podemos dar la crisis por superada. Las crisis van y vienen. Esta parece que se ha ido, pero otras volverán, antes o después. Eso ya sabemos.

La pregunta que realmente nos interesa es otra ¿qué ha cambiado en estos años? Y más relevante todavía ¿en qué tendría que cambiar yo, o mi organización?

Si te pones a pensar, probablemente uno de los cambios más relevantes que se han quedado a vivir con nosotros en estos años, es el de el “incremento de la desigualdad” en los países avanzados. Las estadísticas nos dicen que, aunque estamos recuperando los niveles de riqueza pre-crisis, esta riqueza está peor repartida, y el número de personas que viven peor que antes se ha incrementado sensiblemente.

Y no es que antes el capitalismo fuese mucho más cuidadoso en el reparto. Es que antes la riqueza crecía a un ritmo más rápido que nuestras necesidades, y por eso el conjunto de la sociedad estaba razonablemente tranquila. El problema es que ahora la economía crece más despacio (les toca el turno de crecer a los países emergentes), y nuestras necesidades más rápido (por la situación demográfica): y la tendencia se ha invertido.

Y este cambio, parece que ha venido para quedarse al menos por unas décadas. De momento, no hay solución a la vista para esta enfermedad. Hemos salido de la UCI, pero el paciente sigue ingresado... Además, uno de los órganos más afectados son precisamente los jóvenes, mal asunto.

La pregunta relevante, por tanto, es qué podemos hacer en este escenario. Porque la desigualdad no es solamente negativa para el que sufre la cara B, es mala para el conjunto de la sociedad, la va rompiendo. Y en una sociedad rota, la cara A queda también bastante deslucida.

Así que la pregunta relevante es ¿qué estamos haciendo para reducir la desigualdad? Y no valen las respuestas de antes, porque esas ideas ya las estamos aplicando y no funcionan. Hacen falta respuestas nuevas.

Tampoco vale pensar en lo que tendrían que hacer los demás (generalmente para este colectivo siempre tenemos ideas más claras, y más energía para explicarlas). Tenemos que pensar en lo que cada uno de nosotros tenemos que hacer.

Y, en última instancia, solo hay tres salidas: O creamos más riqueza, o lo repartimos mejor, o aprendemos a vivir mejor con menos (por ejemplo, a través de la economía colaborativa).

En el mundo de la empresa, en el sector privado, nos habíamos acostumbrado a trabajar exclusivamente la primera salida. Los planes estratégicos de las empresas siempre empezaban por la misma línea: el crecimiento de los resultados será de...

No digo yo que ahora las empresas deban resignarse a no crecer, los proyectos necesitan tener un horizonte que los impulse, que los haga competir en el mercado para ganar. Esa parte probablemente no pueda ni deba cambiar.

Pero probablemente en donde el sector privado sí pueda cambiar bastantes cosas es en la lógica del reparto, o en la aplicación de los principios de la economía colaborativa. Son lógicas que generalmente no incluíamos en los planes estratégicos.

Y si nos cambiamos al sector público, probablemente el ejercicio pueda ser el contrario. Las administraciones está claro que no pueden perder el foco de la justa distribución. Pero tampoco deberían olvidar el papel fundamental de estímulo a la creación de riqueza. Es más, quien debe hacer las inversiones a largo plazo, vitales para la prosperidad de una sociedad, es el sector público.

Empresas que se preocupen más por el reparto, administraciones que se preocupen más por impulsar la creación de riqueza. En el fondo, como siempre, personas que se comprometan a dar una respuesta al reto que nos ha tocado solucionar.